

## Buscad la santidad

### Otras señales o evidencias de la santidad real

#### Hebreos 12:14

1. La santidad *real hace que los deberes sagrados del alma sean algo natural en el creyente*. Los santos deberes ahora son fáciles de practicar y son agradables al alma.

Es por eso que a la oración se le llama “la oración de fe”, porque la fe santa hace que la oración sea algo natural en el verdadero creyente: “*Y la oración de fe salvará al enfermo*” (Stg. 5:15). Para un hombre santo es tan natural orar, como lo es el respirar, o como volar lo es para un ave. También, la santidad hace que la obediencia sea algo natural en el creyente, esa es la razón por la que a la obediencia se le llama “la obediencia de la fe”: “*...para que obedezcan a la fe*” (Ro. 16:26). Tan pronto como la semilla de la santidad y la fe es implantada en Pablo, él puede gritar: “*Señor, ¿qué quieres que yo haga?*” (Hch. 9:6).

La verdadera santidad hace que en el creyente sea natural el querer oír la voz de Dios, por eso se le llama “*oír con fe*”(Gál. 3:2, 5). El salmista encontró gran deleite en ir a la casa de Dios: “*Yo me alegré con los que decían: A la casa de Jehová iremos*” (Sal. 122:1); y los santos mencionados por Isaías se gozaban en escuchar la Palabra de Dios: “*Venid, y subamos al monte de Jehová, a la casa del Dios de Jacob; y nos enseñará sus caminos, y caminaremos por sus sendas. Porque de Sión saldrá la ley, y de Jerusalén la Palabra de Jehová*” (Is. 2:3).

La verdadera santidad hace que la paciencia sea algo natural en el creyente. Es por eso que se le llama “*la paciencia de la esperanza*”: “*Acordándonos sin cesar delante del Dios y Padre nuestro de la obra de vuestra fe, del trabajo de vuestro amor y de vuestra constancia en la esperanza en nuestro Señor Jesucristo*” (1 Tes. 1:3).

La verdadera santidad hace que nuestro santo amor sea fructífero en la santa labor. Por eso el apóstol Pablo habla del “*trabajo de vuestro amor*” (1 Tes. 1:3). El santo amor es muy laborioso. Nada hace a un cristiano más industrioso y diligente en el servicio a Dios, que el amor santo. El santo amor no sólo nos hará orar y alabar, sino que también nos hará esperar y trabajar; y también hará que nosotros estudiemos más de Cristo, admiremos más a Cristo

y vivamos para Cristo. El santo amor producirá en nosotros el querer gastarnos para Cristo. *“Porque ninguno de nosotros vive para sí, y ninguno muere para sí. Pues si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, para el Señor morimos. Así pues, sea que vivamos, o que muramos, del Señor somos”* (Ro. 14:7-8). *“Y yo con el mayor placer gastaré lo mío, y aún yo mismo me gastaré del todo por amor de vuestras almas”* (2 Cor. 12:15).

La santidad del amor que ha sido derramado en nuestros corazones hace que el santo servicio sea una cosa deliciosa y fácil: *“Me regocijaré en tus estatutos”* (Sal. 119:16); *“Me regocijaré en tus mandamientos, los cuales he amado”* (v. 47); *“Si tu ley no hubiese sido mi delicia, ya en mi aflicción hubiese perecido”* (v. 92). El honor es muy agradable para el hombre ambicioso, así como el placer lo es para el hombre voluptuoso, o la adulación para el hombre orgulloso, la indulgencia al hombre intemperante, la venganza al hombre envidioso o el indulto al hombre que había sido condenado; pero no hay placer más grande y deleitoso para el hombre santo que cumplir con sus santos y piadosos deberes: *“Mi corazón ha dicho de ti: Buscad mi rostro. Tú rostro buscaré, oh Jehová”* (Sal. 27:8).

Pero lo mismo no sucede en el corazón impío. Los hombres malos son muy reacios a los santos deberes: no quieren escuchar la Palabra de Dios, son reacios a la oración, tienen aversión a la lectura de la Palabra, son enemigos del auto-examen a la luz del evangelio, y desprecian el día del Señor. Será más fácil convencer a un criminal para que se entregue a la justicia, que conducir a un corazón impuro hacia el cumplimiento de los sagrados deberes.

Pero si en algún momento un impío inicia el cumplimiento de los deberes sagrados, es decir, se entrega a la oración, a la lectura de la Palabra o asistir a los cultos en el día del Señor; motivado por las fuertes sacudidas que produce el Espíritu Santo en una persona, por los reproches de la conciencia, por la educación recibida de padres piadosos, por el ejemplo de amigos santos, porque ha visto los ricos tesoros de las promesas divinas, o porque ha sentido el desagrado de Dios y su vara ha estado sobre él, o porque ha visto los destellos del infierno o del cielo, o se encuentra en terrible necesidad; el cumplimiento de sus deberes para con Dios será como una pesada carga, y en poco tiempo los habrá abandonado.

Cuando este impío no vea lo que desea recibir de parte de Dios, entonces, abandonará su efímero y egoísta cristianismo, le sucederá lo mismo que al pueblo de Israel: *“Clama a voz en cuello, no te detengas; alza tu voz como trompeta, y anuncia a mi pueblo su rebelión, y a la casa de Jacob su pecado. Que me buscan cada día, y quieren saber mis caminos, como gente que hubiese hecho justicia, y que no hubiese dejado la ley de su Dios; me piden justos juicios, y quieren acercarse a Dios. ¿Por qué, dicen, ayunamos, y no hiciste caso; humillamos nuestras almas, y no te diste por entendido?”* (Is. 58:1-3).

Cuando el impío “decide” servir al Señor, lo hace con pesadez de corazón, de mala gana, brindando al Señor todo aquello que no le cueste nada, ofreciendo lo más insignificante y sacrificándose lo menos que pueda. Ellos son como el pueblo de Israel: *“Habéis además dicho: ¡Oh, que fastidio es esto! Y me despreciáis, dice Jehová de los ejércitos; y trajisteis lo hurtado, o cojo, o enfermo, y presentasteis ofrenda. ¿Aceptaré yo eso de vuestra mano? Dice Jehová. Maldito el que engaña, el que teniendo machos en su rebaño, promete, y sacrifica a Jehová lo dañado. Porque yo soy Gran Rey, dice Jehová de los ejércitos, y mi nombre es temible entre las naciones”* (Mal. 1:13-14). El impío siente mucho dolor en traer lo mejor de sus posesiones al Señor, y cuando la conciencia lo motiva a dar, procura entregar lo de menor valía. Ellos dan y hacen lo más insignificante para el Señor, pero se sienten cansados porque creen que hicieron mucho para el Gran Rey.

El corazón santo piensa que lo que hace por Dios es muy poco, mientras que el impío cree que cada cosa insignificante hecha para Dios es demasiado grande. El verdadero creyente, al igual que lo santos ángeles, se deleita en hacer muchas cosas para el Señor, sin hacer ruido; pero el impío hace mucho ruido por un insignificante servicio. Un alma no santificada tiene una trompeta en su mano derecha para tocarla siempre que da un centavo con la mano izquierda (Mt. 6:2).

2. Donde hay verdadera santidad, ***se ejercitará y desarrollará la justicia para con los hombres, la rectitud*** basada en el honor de Dios, los mandamientos divinos, la voluntad de Dios y la deuda al evangelio. La santidad real delante de Dios siempre está acompañada de justicia y rectitud para con los hombres: *“Y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad”* (Ef. 4:24); *“Porque la gracia de Dios se ha manifestado*

*para salvación a todos los hombres, enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente*” (Tito 2:11-12). Estos versículos contienen la suma del deber cristiano: debemos vivir sobriamente para con nosotros mismos, en justicia y rectitud para con el prójimo, y piadosamente delante de Dios; esta es la real y verdadera piedad, y el todo del hombre.

El santo Abraham imprimió para toda la posteridad su buena fama y honor delante de Dios, porque siempre actuó en justicia y rectitud para con los hombres: *“Entonces Abraham se convino con Efrón, y pesó Abraham a Efrón el dinero que dijo, en presencia de los hijos de Het, cuatrocientos ciclos de plata, de buena ley entre mercaderes”* (Gén. 23:16). Abraham pagó el valor acordado, en la moneda acordada, sin ninguna falsificación, todo de buena ley. Abraham era justo en sus negocios y cumplía con todo lo que pactaba, no salía con evasivas ni cambiaba las reglas de juego. El santo es legal y justo en todos sus negocios.

El santo Jacob no se aprovechó del dinero que los egipcios dejaron dentro de los costales llenos de trigo, sino que ordenó a sus hijos regresar a Egipto y devolver el dinero: *“Y tomad en vuestras manos doble cantidad de dinero, y llevad en vuestra mano el dinero vuelto en las bocas de vuestros costales; quizá fue equivocación”* (Gén. 43:12). El que tiene la verdadera santidad no se atreve a tomar ventaja de los errores de otros, sino que actúa con justicia y devuelve a cada uno lo suyo.

El santo Moisés no buscó su provecho personal a costa de los demás, no le hizo mal a nadie, antes siempre obró pensando en el bienestar de los otros: *“... ni aún un asno he tomado de ellos, ni a ninguno de ellos he hecho mal”* (Núm. 16:15).

El santo Samuel también vivió en justicia y rectitud delante de los hombres. Nunca engañó a nadie, ni tomó lo que no le pertenecía: *“Aquí estoy; atestiguad contra mí delante de Jehová y delante de su ungido, si he tomado el buey de alguno, si he tomado el asno de alguno, si he calumniado a alguien, si he agraviado a alguno, o si de alguien he tomado cohecho para cegar mis ojos con él; y os lo restituiré. Entonces dijeron: Nunca nos has calumniado ni agraviado, ni has tomado algo de mano de ningún hombre”* (1 Sam. 12:3-4). Samuel siempre se ejercitó en el deber y la justicia. Él no era de los que pedía prestado y luego no pagaba, porque el justo siempre hace lo correcto. El santo, así le salga un

comprador que le dé un mejor precio, vende su producto al precio inferior que había acordado con el primer cliente; el santo no acepta que se hable mal de su vecino, no calumnia y siempre hace el bien a los demás. Esta clase de santidad es la que caracteriza a los que podrán ver a Dios, a los que vivirán en Su eternal tabernáculo: *“Jehová, ¿quién habitará en tu tabernáculo? ¿Quién morará en tu monte santo? El que anda en integridad y hace justicia, y habla verdad en su corazón. El que no calumnia con su lengua, ni hace mal a su prójimo, ni admite reproche alguno contra su vecino. Aquel a cuyos ojos el vil es menospreciado, pero honra a los que temen a Jehová. El que aun jurando en daño suyo, no por eso cambia; quien su dinero no dio a usura, ni contra el inocente admitió cohecho. El que hace estas cosas, no resbalará jamás”* (Sal. 15).

Daniel también fue un hombre de verdadera santidad. A pesar de que sus enemigos buscaron ocasión para acusarle ante el rey, luego de indagar minuciosamente la forma cómo él manejaba todos los asuntos que le habían sido encomendados, ninguna falta pudieron encontrar, pues, era un hombre de justicia y rectitud: *“Entonces los gobernadores y sátrapas buscaban ocasión para acusar a Daniel en lo relacionado al reino; mas no podían hallar ocasión alguna o falta, porque él era fiel, y ningún vicio ni falta fue hallado en él”* (Dan. 6:4).

Zacarías y Elizabet caminaron delante del Señor, no sólo en los mandamientos de la primera tabla, sino en los de la segunda, es decir, anduvieron en rectitud y justicia ante Dios y ante los hombres: *“Ambos eran justos delante de Dios, y andaban irreprochables en todos los mandamientos y ordenanzas del Señor”* (Lc. 1:6).

Los apóstoles también son ejemplo de lo que identifica a una persona que anda en verdadera santidad: *“Admitidnos: a nadie hemos agraviado, a nadie hemos corrompido, a nadie hemos engañado”* (2 Cor. 7:2). Por el contrario, los falsos apóstoles, los que no tienen la santidad verdadera, se especializaban en defraudar, en engañar con sus falsas doctrinas, en corromper la moral de las personas, en explotar y robar a sus incautos seguidores.

Los apóstoles eran santos delante de Dios y también andaban en justicia y rectitud ante los demás: “*Vosotros sois testigos, y Dios también, de cuán santa, justa e irrepreensiblemente nos comportamos con vosotros los creyentes*” (1. Tes. 2:10).

Pero no sucede lo mismo con aquellas personas que sólo tienen una santidad aparente. Ellos no se interesan en actuar justa y rectamente para con los hombres. A esta clase pertenecen los escribas y fariseos, que bajo el pretexto de orar, devoraron las casas de las viudas; y que bajo una apariencia de piedad, actuaron codiciosamente con injusticia y crueldad. Su aparente santidad para con Dios no se reflejaba en el actuar recto delante de los hombres, por el contrario, eran tan injustos que no tuvieron misericordia de las viudas, seres indefensos y objetos del cuidado del Señor.

Judas también representa a aquellos que tienen religión sin ética, sin justicia y sin rectitud. Él se vestía con el manto de la santidad, pero su fin era la maldad. Él aparentaba preocupación por los pobres, pero robaba a Cristo y a los pobres (Jn. 12:6). Él no tenía en mente quedarse mucho tiempo con el Señor y por eso decidió sacar el máximo provecho para sí mismo. Judas actuó como un santo en su profesión y en su conversación, de manera que nadie sospechaba de sus malas andanzas. Bajo el manto de la santidad practicaba la mayor infidelidad, pues, no sólo robaba a los pobres, sino a su Señor. La falsificación de la santidad se hace a menudo con el fin de cometer las más grandes injusticias. Es mejor tener la honradez y la moralidad sin religión, que la religión sin honestidad y moralidad.

3. El que tiene la verdadera santidad ***trabaja y se esfuerza para hacer que los demás sean santos***. A un santo no le gusta ir al cielo solo, ni ser feliz o bendecido solo. Una persona que ha experimentado el poder, la excelencia y la dulzura de la santidad se esforzará por estudiar la forma de hacer que los demás sean santos. Así como Sansón probó la dulzura de la miel y la compartió con sus padres, la santidad es un dulce bocado que cuando el alma la prueba, desea compartirla con los demás.

Podemos ver esta señal de santidad en la vida de Moisés. Él no se creía el único santo, ni el único profeta. Cuando Josué le rogó que impidiera a dos jóvenes continuar profetizando, Moisés le dice: “*¿Tienes tú celos por mí? Ojalá todo el pueblo de Jehová fuese profeta, y que Jehová pusiera su espíritu sobre ellos*” (Num. 11:29). Un alma santa nunca querrá

tener el monopolio de la santidad. Los profetas eran hombres de mayor gracia y santidad. Tal era la santidad en Moisés que él quiso que todos los demás fueran como él, profetas, llenos de la gracia de Dios. Un corazón eminentemente consagrado, está tan lejos de envidiar o sentir celos por la excelencia de la gracia o los magníficos dones de los demás, que él sólo puede regocijarse cuando descubre el mayor brillo de la gracia o los dones en otros. El santo se alegra cuando otros son más santos que él, o cuando otros reciben mejores dones, o cuando a otros, Dios les da mayor gracia y les permite crecer ministerialmente, en la predicación o en el conocimiento de la doctrina.

También el apóstol Pablo evidencia esta marca característica de la verdadera santidad. Él anhelaba que los demás fueran como él, no quería ser el único santo en la tierra: *“Y Pablo dijo: ¡Quisiera Dios que por poco o por mucho, no solamente tú, sino también todos los que hoy me oyen, fueses hechos tales cual yo soy, excepto estas cadenas”* (Hch. 26:29). La verdadera santidad no es patán. Nada hace al hombre más noble en sus deseos espirituales para con los demás que tener un corazón santo. La verdadera santidad es como el aceite, que se difunde por todas partes; es como la luz que lo ilumina todo; es como el perfume que llena toda la casa con su dulce aroma. ¿Es usted un padre santo? Se requiere que como el santo Abraham usted emprenda la obra de llevar a sus hijos a la santidad: *“Porque yo sé que mandará a sus hijos y a su casa después de sí, que guarden el camino de Jehová, haciendo justicia y juicio...”* (Gen. 18:19). Junto con el santo Josué usted hará todo lo posible porque su esposa e hijos sirvan al Señor: *“Pero yo y mi casa serviremos a Jehová”* (Jos. 24:15).

La verdadera santidad no se puede ocultar, ella se agitará tanto que será un estimulante para que los demás sean santos; así como a un hombre santo no le gusta ser feliz solo, tampoco el ama ser un santo solo. A un padre santo le gustaría ver la corona de la santidad puesta sobre la cabeza de todos los miembros de su familia. La santidad es algo muy hermoso, y hace que su poseedor sea hermoso. Para el ojo de un maestro santo no hay persona tan encantadora y hermosa como el que tiene la belleza de la santidad sobre él.

Un empresario santo, gerente o directivo santo, trabajará para que todos sus empleados sean santos. Un profesor santo trabajará para que todos sus estudiantes sean santos. Un

Empleado santo trabajará para que todos sus compañeros sean santos. El que tiene la verdadera santidad sabe que las almas de las personas que Dios ha permitido estar a su alrededor son los más selectos tesoros que el Señor ha puesto a su cuidado; el santo sabe que cada alma es más preciosa que su empresa o trabajo. Él sabe que un día dará cuenta por estas almas, por lo tanto, trabajará diligentemente en el propósito de hacer que la santidad brille en todos ellos.

Se dice que el rey de Francia, Luis IX, se tomó la molestia de instruir a su pobre cocinero en el camino al cielo, y le preguntaron la razón de ello, a lo cual respondió: los más pobres tienen un alma que salvar, tan preciosa como la mía, y comprada por la misma sangre de Cristo.

También se dice que Constantino, el emperador romano convertido al cristianismo, hacía que toda la corte escuchase la lectura de las Sagradas Escrituras, con el fin de que ellos pudiesen ser cortesanos santos, y en consecuencia, estuvieran preparados para ser parte de la corte celestial, donde ninguna persona o cosa impura podrá entrar: *“No entrará en ella ninguna cosa inmunda, o que hace abominación y mentira, sino solamente los que están inscritos en el libro de la vida del Cordero”* (Ap. 21:27).

Un gobernante santo trabajará para que sus gobernados sean santos. Él experimentará dolor al saber que otros mueren sin haber sido hechos santos. La gran preocupación y el clamor de un gobernante santo será esta: “Señor, haz que este pueblo sea un pueblo santo.”

¿Es usted un ciudadano santo, un pariente santo, un amigo santo? entonces usted trabajará para hacer de su patria una patria santa; de sus amigos, amigos santos; de su familia, familia santa. Eso fue lo que hizo Cornelio, cuando esperaba la visita del apóstol Pedro para predicarle el evangelio: *“Al otro día entraron en Cesarea. Y Cornelio los estaba esperando, habiendo convocado a sus parientes y amigos más íntimos”* (Hch. 10:24). Y el versículo 33 dice: *“Así que luego envié por ti; y tú has hecho bien en venir. Ahora, pues, todos nosotros estamos aquí en la presencia de Dios, para oír todo lo que Dios te ha mandado.”* Cornelio consigue que sus parientes y amigos más cercanos escuchen la predicación del evangelio, pues, deseaba que todos ellos participaran de la gracia y la misericordia de Dios que él ya

estaba disfrutando. Él utilizó los mejores esfuerzos para que todos ellos experimentaran lo mismo.

El que tiene la verdadera santidad es como un gran imán que ejerce una poderosa atracción sobre los demás. Así como es un instinto natural en todas las criaturas el propagar su especie, también hay un instituto espiritual en el santo para difundir la gracia y la santidad en todos los corazones de los que le rodean. Miremos como el fuego quema y convierte en fuego a todo lo que le acerca, así, el santo hará todo lo posible para que los que se le acercan sean hechos como él. Miremos cómo un borracho trabaja para que otros le acompañen en su vicio, o un blasfemo hará que otros blasfemen junto con él, o un ladrón trabajará en corromper a otros; asimismo, un santo trabajará incansablemente para que otros compartan la santidad que les permitirá ver a Dios.

El que es humilde trabajará para que los demás sean humildes, el que es sincero laborará para que otros sean sinceros, el que es fiel trabajará para que otros sean fieles, el que es fructífero trabajará para que otros sean fructíferos, el que es vigilante trabajará para que los demás sean vigilantes.

El que tiene la verdadera santidad será diligente, por medio de oraciones, lágrimas, exhortaciones y su ejemplo para que otros sean como él. Suplicará al Señor para que la santidad pueda ser escrita en los corazones de sus parientes y amigos, él aprenderá y enseñará todo lo que pueda sobre la santidad, porque desea que los demás sean santos. El santo sabe que no vale la pena vivir en este mundo si no es para la gloria de Dios y el bienestar espiritual de los demás.

Y ahora, ¿qué diremos de las personas que están tan lejos de ser santas, que están tan lejos de atraer a otros hacia la santidad; que hacen todo lo que pueden para que los santos se conviertan en profanos, y que tientan a los impíos para sean más perversos? Estos no son más que agentes e instrumentos del infierno, los cuales nunca verán a Dios, sino que sufrirán los terrores del averno, junto con aquel que desde tiempos antiguos promueve la maldad y todo lo que es contrario a la verdadera santidad.